

Hablando del asunto

La mayor necesidad, una visión de la humanidad a través de sus excrementos



RICARDO
MENÉNDEZ
SALMÓN

Los niños son los primeros y más agudos filósofos de la condición humana. De ahí, como bien observó Freud, su gusto por la analidad entendida como hallazgo del propio cuerpo, y de ahí también la represión muy temprana que padres, sociedad y costumbres imponen sobre semejante práctica. La evidencia de que los valores naturales son valores corpóreos, excrementicios en última instancia, conduce a su cúspide el drama del dualismo humano. Nacido para las matemáticas, la música o el ajedrez, pero dotado de un agujero por el que escapan sustancias inmundas, el niño descubre primero como juego e inmediatamente como prohibición que el ano y su repugnante cosecha representan no sólo el determinismo físico, sino el destino último del individuo: la degeneración y la muerte. Montaigne expresaría esta evidencia con un aforismo que a todos, reyes o siervos, bellas o bestias, afecta por igual: «Cuando el ser humano se sienta en el trono más elevado del mundo, se sienta sobre su culo».

El excursus freudiano y el guiño a los Ensayos del sabio francés no parecen descabellados para introducir uno de los textos más sorprendentes y estimulantes que he leído hace tiempo, **La mayor necesidad**, de Rose George, un libro que versa acerca de la mierda y los distintos modos en que el ser humano afronta el hecho de expelerla de su organismo, deshacerse de ella por medios técnicos, tratarla como residuo y desecho, aprovecharla como materia prima o, sencillamente, ignorarla. (Mientras escribo esta reseña, soy consciente de que el procesador de textos subraya acusadoramente la

palabra «mierda». El tabú al respecto resulta, como se ve, abrumador).

Imposible en ese sentido olvidar que, en un fragmento de **Bella del Señor**, una de las grandes novelas de amor de todos los tiempos, Ariane y Solal ocultan sus ruidos excreticios escuchando música clásica. Mozart es una cortina sonora estupenda para que el compañero de cama nos siga respetando un par de revolcones más. No digamos Wagner o Shostakóvich. Nada más incómodo para nuestra cultura que la falta de intimidad en el baño. Paradoja curiosa si se piensa que, casi siempre, los amantes se han entregado antes de emplear el excusado toda clase de humores y flujos, en completa solidaridad y sin pudor visible.



La mayor necesidad
Rose George
Editorial Turner
2011

Pero cagar es otra cosa, claro. Y Rose George indaga en este asunto escatológico, pero sobre todo médico y sociológico, en una investigación que de las alcantarillas de Nueva York a los digestores de biogás de la China profunda, encuentra parada y fonda en los urinarios públicos de Bombay, en la historia íntima del bidé francés, en el desarrollo extraordinario de la industria del inodoro en Japón, en la milenaria cultura de la defecación al aire libre o en la fractura social que en un país como Sudáfrica marca la posesión o no de un lugar privado donde «aliviarse».

Los lectores de baño ya no tienen excusa para leer sólo mala literatura. Este libro fascinante los reconciliará, in situ, con la condición humana: una inteligencia con cloaca.

er **HHhH**. Cabría, entonces, esperar que **HHhH** aportase un alto o gran estilo, una narración novedosa, envolvente, algo nuevo, vaya. Pues nada de nada. Cualquiera frecuentador de blogs de internet, o de twitter si me apuran, tiene a su alcance el mismo tipo de escritura que le ofrece **HHhH**. ¿Por qué recomiendo, entonces, esta novela si su trama ya es conocida y si su estilo no vale nada? Porque es el ejemplo más palmario del tipo de novela que vamos a leer una vez y otra vez a partir de ahora: la novela fragmentaria.

HHhH la componen 257 fragmentos, minicapítulos, micropartes o trozos en los que Laurent Binet nos cuenta, sí, el atentado de Heydrich. Pero como no tiene ni la paciencia ni el talento para meterse en Heydrich y compañía como Vargas Llosa, por ejemplo, los tuvo para meterse en la piel de Roger Casement y escribir así una novela total, Binet nos cuenta también los proble-

mas personales que la acaecen con su chica, nos informa del tiempo que hace mientras escribe, de lo mucho que sabe sobre el tema (es enternecedor ver cómo Binet dice y dice que sabe mucho sobre el atentado sin demostrarlo ni en una sola línea); mete una cita de Goebbels acá, otra del Manifiesto husita allá, un titular de prensa acullá...; nos hace partícipes de que si compra o no un libro, de que si viaja a Praga o no... Por decirlo de una vez, no traba la novela, no la urde, no junta líneas, trocea, despieza: fragmenta, palabra definitiva. Y, vistas como están las cosas, **HHhH** es paradigma de lo que se nos avecina: novelas de gran trama basadas en información básica, presentadas en brevísimos apartados y trufadas de banalidades del autor. Por ello resulta tan conveniente leerla. Y, sobre todo, por no olvidar la vida y obra de un grandísimo canalla llamado Reinhard Heydrich.

crepuscular

fer. Una persona que hubiese pasado desapercibido en la Historia a no ser por este episodio. Los otros son Jan Kubiš, moravo, y Josef Gabčík, eslovaco. Dos paracaidistas de élite que cumplen órdenes secretas del gobierno checoslovaco en el exilio y han de llevar a cabo la Operación Antropoide: asesinar a Heydrich. Al subirse al avión que les llevará a esa misión suicida, redactan testamento. Van a morir, pero antes han de cumplir el cometido asignado. Y saltan sobre suelo checo en enero de 1942. Cinco meses después se produce el duelo a pistola en las calles de Praga.

Aunque este suceso no se narra hasta la página 305, en realidad es el punto sobre el que gravita la vida de los protagonistas, sus actos, motivaciones y los escenarios de la obra. Con un estilo muy personal, Laurent Binet mezcla la investigación histórica (a veces nos recuerda la técnica del documento hallado), con el ensayo y la novela. En realidad hay de todo: Tarantino, Chaplin, Bertolt Brecht y hasta las películas de Fritz Lang. Él es consciente de que no escribe una novela canónica ni un ensayo al uso ni, menos aún, una investigación. Por eso en la página

290 se detiene un momento, reflexiona y sentencia: «Estoy escribiendo una infra novela». Ese cruce es el que la hace original, sorprendente e impresionante.

Un extraordinario ejercicio de memoria histórica checoslovaca que se aleja diametralmente de las dos tendencias de los historiadores del nazismo: los funcionalistas y los intencionalistas, como él los denomina. Los primeros defienden que el Holocausto no estaba planeado, que fueron las circunstancias las que les condujeron a él. Para los otros, estaba decidido por los nazis desde la publicación de Mein Kampf en 1924. Sin embargo, para Laurent Binet eso no le interesa, sus verdaderos protagonistas son otros: los héroes olvidados que mueren en el gran cementerio de la Historia. «La memoria carece de utilidad para aquellos a quienes honra, pero sirve de mucho a quien se sirve de ella. Con ella me construyo, y con ella me consuelo», nos dirá en la página 216. Pero nos añade una advertencia: «Para que cualquier cosa pueda penetrar en la memoria, es preciso antes transformarla en literatura».

¡Todo importa!

Ron Currie

Traducción de Pedro Donoso

Seix Barral

488 páginas. 20,40 euros



Un mundo apocalíptico para gente con aplomo

Vayamos por partes. En primer lugar hay que preguntarse si disfrutaron con Dios ha muerto, aquella desmelenada historia en la que el Sumo Hacedor se encarnaba en una mujer sudanesa y acababa siendo devorado por unos perros.

Si fue así, están en condiciones de acceder con toda tranquilidad a las páginas de

¡Todo importa!, la segunda entrega narrativa del estadounidense Ron Currie (1975), un tipo que entrevera sus desafortunadas tramas con un humor tan endiablado que algunos lo consideran, simplemente, una tomadura de pelo.

Esta novela no es, pues, para lectores temerosos de perder el escaso cabello que pue-

da quedarles. No en vano, en sus líneas se despliega imparables hacia su cumplimiento una apocalíptica profecía que sólo el protagonista conoce. Gran poder, claro, que le permitirá dar un insospechado quiebro a la trama.

Piña

Michael Cera

Ilustraciones de Blanca Miró

Traducción de Mercedes Cebrián

Alpha Decay. 64 páginas. 7 euros

A veces todo es más cruel y sencillo de lo que parece

Lo último que esperaba uno era que el joven Michael Cera, un tipo de poco más de 20 años, hubiera dado el salto desde las pantallas cinematográficas (¿lo recuerdan en Juno?) hasta las pantallas de ordenador en las que se escriben relatos como este redondo Piña.

Pero así es la vida. Tras esa mirada casi bisojo y esa mata

de pelo irreductible resulta que se ocultaba un escritor de calibre.

Lástima que, de momento, sólo contemos con Piña para apreciar sus cualidades. En unas pocas páginas, Cera retrata a placer a un actor que, sin haber llegado nunca demasiado arriba, está ya comenzando su temprana decadencia. Un ti-

pejo al que conoceremos a través de sus monólogos interiores y también de su contacto con un mundo exterior con el que, alguna vez, parece relacionarse de un modo humano. Pero no se engañen, la basura sólo cambia para pudrirse.

